

INTRODUCCIÓN

I. VIDA Y OBRAS¹

1. Vida²

Rodrigo de Arriaga Mendo, filósofo y teólogo jesuita, nació en Logroño en el 1592, el 17 de enero, y falleció en Praga, el día 7 de junio de 1662. Tenía un origen ilustre y a los 14 años decidió ingresar en la Compañía de Jesús, comenzando su formación en la provincia de Valladolid, en Villagarcía de Campos y en Medina del Campo. Tuvo ahí como profesores de filosofía a Hurtado de Mendoza y a Jerónimo de Lazárraga, éste por muy breve tiempo, siendo sustituido por Juan de Lugo –con quien mantendría ciertos debates en años posteriores, siendo ya éste Cardenal, así como también con el padre Francisco de Oviedo–. Terminó filosofía en Salamanca y comenzó teología (le gustaba sobre todo la especulativa, siendo, a veces, más amigo de los razonamientos y disquisiciones que de los textos bíblicos o de los Padres). Siempre se le consideró brillante en lo académico y piadoso.

Terminados los estudios, enseñó latín y filosofía en Valladolid. Se ordenó sacerdote en 1619. De este período ya constan sus intentos de defender opiniones que se alejaban de las comunes, lo que le mereció una advertencia del P. General. De Valladolid fue como profesor de teología a Salamanca, comen-

¹ Para la biografía, consultar: *Diccionario histórico de la Compañía de Jesús. Biográfico-Temático*, Ch. E. O'Neill / J. M. Domínguez (dirs.), Instituto Histórico SI de Roma / Universidad Pontificia de Comillas, Sal Terrae, Madrid, 2001. C. Sommervogel, *Bibliothèque de la Compagnie de Jésus*, Éditions de la Bibliothèquè SJ, Louvain, 1890 (1960), aquí vol. I, pp. 578-581. C. Baciero González, “Rodrigo de Arriaga, filósofo metafísico”, *Berceo*, 1997 (132), pp. 169 y ss.; A. Mora, *El sabio logroñés Rodrigo de Arriaga*, Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, 1997, p. 220; A. Olmos Lezáun, “Apuntes sobre un filósofo riojano: Rodrigo de Arriaga, S. J.”, *Berceo*, 1984 (106-107), pp. 129 y ss.; *Diccionario biobibliográfico de autores riojanos*, M. P. Martínez Latre (coord.), Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, 1993, vol. I, pp. 92-94. Para la bibliografía, consultar la página web de Jacob Schmutz, *Scholasticon*.

² Hace muy poco tiempo hemos confeccionado un capítulo para el libro colectivo con el título “Rodrigo de Arriaga: El sentido universal de la virtud política”. Incluimos aquí parte de lo expuesto en dicho capítulo, aunque en esta introducción insistiremos en otros aspectos.

zando en 1624; pero, en el tercer trimestre del curso 1624-1625, fue propuesto y aceptó su nombramiento como profesor de la Universidad de Praga, donde comenzó a explicar teología dogmática en 1625.

La administración de la Universidad de Praga se entregó a los jesuitas después de la batalla en la Montaña Blanca en 1620, al ser derrotados los estamentos rebeldes de Bohemia y Moravia, por la coalición de los Habsburgos de Viena.

La ingente tarea que se encargó a la Compañía no podía ser cumplida sólo por los jesuitas checos, por lo que se solicitó ayuda a los colegios españoles de la Orden. Arriaga fue uno de los españoles que acudió a este llamamiento, y se convertiría en uno de los más destacados filósofos jesuitas checos de su época, llegando, incluso, a ser Gran Canciller de la Universidad. De hecho, su obra en latín, “Curso Filosófico”, se publicó en 1632, y se reeditaría otras nueve veces, estudiándose en un extenso territorio, desde Lituania, a través de los países de la Europa Central y Occidental, hasta las escuelas que fundaron los jesuitas en América Latina. Su influencia no se limitó al campo católico sino que fue objeto de estudio de los teólogos protestantes. En Hannover se encuentra un ejemplar del Curso Filosófico que solía utilizar y citar Leibniz. También Descartes fue lector de Arriaga, inspirándose en su obra para la elaboración de la teoría de condensación y disolución.

Arriaga tuvo también una gran influencia en la cultura checa a lo largo del siglo XVII, por ejemplo, sobre el capuchino Valeriano Magni y el cisterciense Juan Caramuel de Lobkowitz. También tuvo Arriaga una actitud positiva respecto a Galileo, cuyas teorías defendió hasta después de su condena oficial.

En su larga estancia en Praga, no sólo se ocupó de la cátedra, sino que tuvo encomendadas otras tareas con el Papado, teniendo que viajar a Roma en tres ocasiones para limar asperezas en la polémica entre Báñez y Molina.

Los restos mortales de Rodrigo de Arriaga descansan en la cripta de la iglesia de Praga de San Salvador, enfrente de la Torre de la Ciudad Vieja.

Con Suárez comenzó a exponerse la filosofía como un tratado sistemático, lo que cristalizó ejemplarmente en las *Disputationes Metaphysicae* (Salamanca, 1597). Esta idea va a tener acogida principalmente en la Compañía de Jesús, como podemos advertir en Hurtado, Oviedo, Henao, Echalar y el mismo Rodrigo de Arriaga. Suárez se convirtió en un punto de referencia en las diferentes universidades, y, por supuesto, en la compañía de Jesús. Podemos decir que Arriaga sigue a Suárez³, pero matizando que “quienes primeramente nos transmi-

³ Cfr. F. Suárez, *Tractatus de legibus ac Deo legislatore, Tratado de las leyes y de Dios legislador*, versión española de J. R. Eguillor Muniozguren, S. I., Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1968 (cit. *De legibus*).

tieron sus conocimientos no son nuestros jefes, sino nuestros guías”. Sin duda, su admiración por él es evidente⁴, pero, casi en todas las disputaciones hay ocasión de ver las objeciones y críticas que le dedica. De su posición al respecto, queda constancia en el prefacio al tomo IV, en el *Tratado sobre las leyes*: “Sin embargo, porque muy recientemente el Padre Suárez redujo al orden casi todas las cuestiones posibles en esta materia, aunque por la semejanza de las materias con frecuencia las repita dos veces, mantendré en gran parte su método, eliminada la repetición, porque no considero la brevedad oscura; con frecuencia dispondré las cuestiones de otro modo para mayor claridad, pero, en la sustancia de la doctrina, lo seguiré con frecuencia, porque, así como no juré sobre las palabras de aquél, de la misma manera no rechazo aprobar la verdad que considero en cualquiera y procuro construir de todas las verdades un hilo consecuentemente conexo”⁵.

Pero la relación de Arriaga y Suárez en las disputaciones que estudiamos aquí, será objeto de comparación y estudio más adelante⁶.

2. Obras⁷

Brevis expositio litterae magistri sententiarum cum quaestionibus, quae circa ipsas moveri possunt, et auctoribus qui de illis disseruerunt, editada en Lyon, en 1636 (BNF, París).

Cursus philosophicus, ex officina Plantiniana Balthasaris Moreti, Antwerpiae, 1632. Biblioteca digital de Derecho, Unirioja; Biblioteca de Santa Cruz, Valladolid.

De oratore libri quatuor, editada en Colonia, en el 1637 (BNF, París).

Disputationes theologicae, 8 vols., 1643-1655, Biblioteca digital de Derecho, Unirioja; Biblioteca de Santa Cruz, Valladolid. Se distribuyen de la siguiente manera:

⁴ “En filosofía, como en las demás materias, el que entre los escolásticos ha levantado su cabeza en el presente siglo mucho más alto que los demás ha sido el gigante Francisco Suárez con sus dos áureos tomos de metafísica, a quienes otros después han imitado con gloria”; R. De Arriaga, “Prefacio al lector”, en *Curso filosófico*, Lugduni, 1632.

⁵ R. de Arriaga, *Disputationes theologicae in primam secundae*, prefacio al tomo IV.

⁶ En esta Introducción, sección VI, p. 36.

⁷ Para la vida y, especialmente, para la bibliografía, consultar la página web de Jacob Schmutz, *Scholasticon*.

–*Disputationes theologicae in primam partem sancti Thomae*, 2 vols., Amberes, 1644.

–*Disputationes theologicae in primam secundae eiusdem sancti Doctoris*, 2 vols., Amberes, 1644.

–*Disputationes theologicae in secundam secundae sancti Thomae partem*, 1 vol., Lyon, 1651.

–*Disputationes theologicae in tertiam partem*, 3 vols., Lyon, 1654.

II. EL TRATADO SOBRE LAS LEYES DE ARRIAGA EN EL CONTEXTO DEL SIGLO XVII

El siglo XVII significa el inicio de la modernidad. Si dirigimos la vista hacia Europa nos encontramos con una ingente cantidad de genios en los diversos campos que abarcan desde la ciencia a la filosofía, al arte, a la literatura, a las matemáticas. Nombres como Galileo, Descartes, Velázquez, Cervantes, Lope de Vega, Shakespeare, Leibniz, Newton, son una mínima parte del elenco posible.

Es también el siglo de los regímenes absolutos, de la Guerra de los Treinta años, de la Revolución liberal inglesa. La Guerra de los Treinta años que comenzó como guerra religiosa, pero que terminó por involucrar a toda Europa, y aliando al cardenal católico Richelieu con los protestantes contra el propio catolicismo.

España vive en este siglo una circunstancia especial en todos los niveles, que tiene que ver con el hecho de la situación de decadencia en la que se va a precipitar. Había bastado un siglo para alcanzar la cima política y sobró otro siglo para convertirse en una potencia de segundo orden. Las causas fueron múltiples. Por citar sólo algunas, no podemos no hacernos eco de la crisis económica y demográfica que se padece; las bancarrotas que se suceden aproximadamente cada 20 años; la quiebra de la unidad del imperio con los movimientos secesionistas; la impotencia política y la descomposición social. Pierre Vilar⁸ describe esta decadencia: “aridez, deforestación, decadencia agrícola, emigración, expulsiones,

⁸ P. Vilar, *Crecimiento y desarrollo*, Ariel, Barcelona, 1974, pp. 338-339 (citado por J. L. Abellán, *Historia crítica del pensamiento español*, vol. III, Espasa-Calpe, Madrid, 1979, p. 23). Para el análisis de este período, puede verse, además de las citas de esta nota, *Historia de España*, vol. V: *La frustración de un imperio (1476-1714)*, M. Tuñón de Lara (dir.), Labor, Barcelona, 1987.